

JAVIER VELA

# LA TIERRA ES PARA SIEMPRE



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

Abril de 2019

**Del texto**

© Javier Vela, 2019

**De la portada**

© Gloria Garrastazul, 2019

[www.capacero.com](http://www.capacero.com)

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2019

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.5 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

**ISBN:** 978-84-949161-9-9

**Depósito Legal:** SE-584-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Los hombres van y vienen,  
pero la tierra dura para siempre.

ECLESIASTÉS, I:4

Los niños se apartaban del sol.

DORIS LESSING

Se sentía como un náufrago  
abandonado en el mar del tiempo.

J. G. BALLARD

Venían desde muy lejos. Venían desde ciudades mendicantes y poblaciones áridas, rudas, pulverulentas. Venían desde el desierto y el infecundo sur. De Portugal, de España, de Italia, de Turquía. Gente de pelo oscuro y piel morena peregrinando en flujos sucesivos hacia un lugar de límites inciertos, cuyas familias, cuyas posesiones habían quedado atrás, en un viejo país atrafagado del que ya nada queda, ni poemas.

Manada errante, aquella, agolpada en remolques y camiones abiertos o clandestinamente apretujada entre bodegas y contenedores como una cuerda de presos. Niños, mujeres, hombres conducidos por uno de esos líderes de aire patibulario que deambulaban en camarillas jerárquicas por la convulsa localidad portuaria o el puesto de frontera, con las mejillas engolletadas de mugre.

Entre perplejos y regocijados, iban dejando al paso urbes sin daño y construcciones que aún permanecían honrosamente en pie. Casas de concepción organicista que ansiaban integrarse en el entorno sin demasiado éxito. Casas racionalistas de apariencia industrial. Casas minimalistas diseñadas en atención a un mapa de energías

o como se llamara, que parecían alzarse encima de una lágrima.

Con avidez hollaban sus jardines cercados de canteros y de bardas, sus tierras de labranza y las praderas donde pastaba la grey. Calles pavimentadas y caudalosos ríos atravesaban secretamente sus sueños.

En el erial de donde provenían nada era verde ahora ni lo sería ya más. El ciclo establecido por la naturaleza desde el lejano día de la creación, asentado en la mente colectiva tras millones de años de presencia en la Tierra, había sido quebrado. Vastas zonas agrestes jalonadas de escarpas, breñas y cortaduras. Hectáreas de terreno desboscadas y llanos roturados en los que la cosecha se convertía en maleza sin remedio.

Huían de nula gana, evacuados, y ahora se encaminaban a las regiones nórdicas tras una larga marcha extenuante por la fingida Europa, flacos, acalorados y qué más, acarreando a guisa de equipaje gastadas bolsas de plástico, mochilas de poliéster y sacos de dormir, en el recuerdo vallas alambradas y torres asistidas por grandes focos rastros; coches abandonados en cunetas seis, siete años atrás; gaviotas arrastrándose en el aire, en busca de carroña; peces muertos flotando. Mudos, desorientados, se aventuraban con aprensión y sin fuerzas en el fin de una era, sin luz ni agua corriente, sin internet, sin comunicaciones, en el convencimiento de que el tiempo se prorrogaba aún en los extremos del hemisferio norte, tras altos varganales o gruesas tapias de mampostería, mientras que los del sur se transformaban en espacios indómitos, emponzoñados y clausurados por siempre como escenarios de una catástrofe química.

Conocía de memoria la estructura convexa de los astros surcando el horizonte, ciclos de sol y luna sucediéndose bajo un mismo telón, en cada día, incluso en cada hora; era una experta en el amanecer.

Hoy, como de costumbre, había despabilado antes que Argus pero, aún algo molesta por la riña de la noche anterior, fingía seguir durmiendo. Todo porque, la víspera, habían resuelto pasar la tarde en el lago a fin de saludar el nuevo año, y él, desoyendo adrede sus recomendaciones con un notorio desdén, se había descamisado sin aviso y había acabado por chamuscarse la espalda. Eso le enseñaría a no ignorarla o a no exponerse tan a la ligera a los peligros de la radiación, pensaba Emma con un adarme de orgullo. El clima había cambiado de tal forma que ya nadie podía bajar la guardia, pues quién sabía qué suerte de locura o inusitado equívoco era este que contenía las precipitaciones hacía casi dos años, interrumpiendo el ciclo acostumbrado de la evaporación, y amenazaba ahora con postergar la entrada del invierno semana tras semana y mes tras mes.

Vivían en una casa de dos plantas en la vertiente meridional de la isla, frente al embarcadero. En el salón, habían

dispuesto un árbol navideño para que Hugo sintiese como propia esa alegría festiva con que ambos solían entrar en la estación nevada en tiempos todavía no tan lejanos. Luces artificiales seguían parpadeando sin descanso en la garganta de la chimenea. En cambio, hacía tanto que el fuego no se enroscaba en ella, el rostro iluminado por las llamas de gruesos leños chisporroteantes que Argus solía avivar a cada rato, un poco como un juego, refocilado en el esplendor de la lumbre. Ahora una densa pila de zoquetes se amontonaba bajo la escalera que conducía a la planta superior de la casa, pues, contra toda lógica, seguían regularmente proveyéndose de enormes sacos de leña, pese a que ya no la necesitaran, pese a que el boletín meteorológico no aventurase el más mínimo indicio o signo de mejora con previsión de meses, como arrastrados o precipitados por la engañosa inercia del pasado, tan ilusoria y falta de sentido como reconfortante.

Antes de que las cosas se torcieran —¿y cuánto hacía de eso, un lustro o algo más?—, el rito de encender la chimenea se revelaba al cabo insuficiente para abrigar los muros de la casa dado el rigor de las temperaturas. Templaban las estancias principales por medio de una vieja caldera de aluminio que esparcía un calor seco y uniforme sobre la planta baja y una dispersa irradiación gaseosa por las habitaciones de la planta de arriba.

Por las mañanas, tras el desayuno, Emma se recluía en su despacho con una manta eléctrica en los hombros para seguir leyendo o trabajando en la traducción de sus textos. Vertía al sueco novelas, ensayos y libros de poemas de autores españoles e hispanoamericanos. Su mesa estaba llena